

Los lectores rumiantes de Nietzsche

"Los peores lectores son los que proceden
como los soldados que se entregan al pillaje:
se apoderan aquí y allá
de lo que puede serles útil,
manchan y confunden el resto
y cubren todo de ultrajes".

Friedrich Nietzsche

Página
87

Tres son las transformaciones por las que debe pasar el espíritu: camello, león, niño¹. Esta idea, tan cara al pensamiento de Estanislao Zuleta², quisiera tomarla como eje para tratar de perfilar el tipo o la propuesta de lectura formulada por Nietzsche.

Primero el camello: idea de trabajo, de respeto, de pesadez, de ponerle la "espalda" al texto. El camello que es también paciencia, parsimonia, "rumia"³. Detenimiento. Cuando un lector asume el avatar del camello lo que está haciendo es dejarse hacer por el texto; si se le presta la expresión, es una actitud o una actividad pasiva, digestiva, lenta. O, en palabras de Zuleta, es un "habitar el texto"⁴.

Segundo el león: idea de irreverencia, de desapego al texto. De pelea. De confrontación permanente. Ahora es el lector que "azota" el texto, lo oprime, lo retuerce, lo hace suyo. Es el lector que "interroga al texto", que lo subraya, lo abre, lo desmenuza. Leer como un león es no aceptar con facilidad cualquier interpretación; es sospechar del texto.

¹ Véase el apartado "De las tres transformaciones", en *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza editorial, 1983, pág. 49.

² Precisamente en el capítulo II del texto *Comentarios a "Así habló Zaratustra" de F. Nietzsche*, Medellín, ediciones La Carreta, 1981, Zuleta analiza esta triple transformación analogándola, incluso, con la interpretación psicoanalítica.

³ El concepto de "rumia" también aparece en el prólogo a *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza editorial, 1983, pág. 26.

⁴ Estanislao Zuleta, "Sobre la lectura", en *Sobre la idealización en la vida personal y Colectiva*, Bogotá, Procultura S.A., 1985, pág. 91.

Tercero el niño: idea de inocencia, por supuesto, pero también de renovación, de creación genuina. Invitación a convertir la lectura en producto, en escritura. El lector niño ya no tiene la piel del camello que aguanta pasivamente el texto, ni tampoco las garras de un lector presuroso por imponer su subjetividad. Es más bien una invitación a recomenzar, a formular un decir auténtico. La lectura recreativa.

En otras palabras: en un principio hay que "cargar" con el texto, volverlo familia, rumiarlo, digerirlo, permitirle hibernar en nuestra conciencia; luego hay que enfrentarse a él, desconfiar, ponerlo entre paréntesis, discutirlo; finalmente debemos tratar de producir un texto nuevo, diferente, generar otros textos. El proceso de lectura nietzschiano va de la aceptación cuidadosa, meticulosa del texto, a la desconfianza mayúscula, al análisis concienzudo y pormenorizado, al lector atento⁵. Mas el proceso no termina ahí. Nietzsche avanza otro paso: hay que convertir esa confianza y esa sospecha en olvido, para que así pueda emerger la posibilidad de crear. La lectura, entonces, es un sí "que se afirma más allá de la deuda y de la venganza". Más allá del "tú debes" o el "yo quiero"⁶.

Nietzsche "odia a los ociosos que leen"⁷. La lectura es un encuentro para el cual hay que prepararse psicológica y físicamente; por eso pide lectores especiales, lectores que no se dejen vencer por la primera dificultad; por eso habla en varios de sus escritos de que aún no ha llegado ese tipo de lector. El lector que Nietzsche pide es un lector "total"; un lector dedicado. Con demasiada paciencia de filólogo, que se detenga en cada signo, en cada palabra. Nietzsche, escritor de aforismos, solicita no un deletreador o un decodificador, pide otra cosa, un lector que apenas termine la última palabra esté próximo a comenzar con la primera⁸. De uno a otro estómago. Los lectores nietzschianos no son lectores de la prisa o el afán. A Nietzsche le gustan los lectores rumiantes.

⁵ "Un lector como el que yo merezco, que me lea como los buenos filólogos de otros tiempos leían su Horacio", dice Nietzsche en "Por qué escribo tan buenos libros", *Ecce homo*, Madrid, Alianza editorial, 1982, pág. 62.

⁶ Véase Estanislao Zuleta, *Comentarios a Así habló Zaratustra*, op. cit., pág. 35.

⁷ Friedrich Nietzsche, "Del leer y el escribir" en *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza editorial, 1983, pág. 69.

⁸ "Un aforismo, si está bien acuñado y fundido, no queda ya 'descifrado' por el hecho de leerlo; antes bien, entonces es cuando debe comenzar su 'interpretación', y para realizarla se necesita un arte de la misma", en *La genealogía de la moral*, op. cit., pág. 26.

Otro punto que me parece interesante es el papel del olvido en la lectura. Leer, según Nietzsche, es convivir con el texto hasta el extrañamiento. Mejor aún: cuando leemos en verdad, cuando nos entregamos como Don Quijote a la lectura "hasta que se nos seque el seso", es cuando aparece o nace el sentido, la comprensión de lo leído. Si Nietzsche usa la imagen del niño para dar a entender esta nueva identidad del lector, lo hace precisamente para advertirnos que la lectura más profunda es la que logra "transformarnos", la que nos pone en otra situación. El olvido, el niño, quiere decir: dejamos el libro como libro, el texto como texto y lo empezamos a sentir como propio, como sangre, como parte de nuestro yo. La lectura nietzscheana pretende o busca que la letra encarne, que el signo vuelva a vivificarse dentro del espíritu del lector.

Así vistas las cosas, Nietzsche desea que en un lector fuerte, en un lector potente pudieran combinarse –en palabras de Zuleta– tres tipos de capacidades: de admiración, de oposición y de creación⁹. Camello, león, niño. Pero estas tres capacidades son de igual manera formas de ser del pensamiento. La lectura propuesta por Nietzsche es un ejercicio del pensar. Otra manera de pensar. La lectura deja de ser consumo, de ser *hobby* para convertirse en trabajo, en una actividad, en un quehacer. No hay lecturas fáciles, sino lectores facilistas. No hay lecturas obvias, sino lectores obvios. Cada texto demanda de cada lector un tipo de actividad particular, una estrategia de lectura diferente. Atención, nos dice Nietzsche, tenemos que tener cautela al pensar que el código que usamos tanto autor como lector es el mismo; cuidado, nos dice Zuleta, siempre leemos desde alguna parte y, por eso, leer es un problema¹⁰.

El sentido final de la propuesta de lectura defendida por Nietzsche culmina en la exaltación del texto como problema. Y es en el encuentro personal con la Esfinge textual donde puede verse la calidad del lector, su torpeza o lucidez, su desidia o su dedicación. El texto

⁹ Véase Estanislao Zuleta, "Sobre la lectura", op. cit., pág. 83.

¹⁰ "Un problema es una esperanza y una sospecha. La sospecha de que existe una unidad, una articulación necesaria allí donde hay algunos elementos dispersos, que creemos entender parcialmente, que se nos escapan, pero insisten como una herida abierta; la esperanza de que si logramos establecer esa articulación necesariamente quedará explicado algo que impedía el proceso de nuestro pensamiento y funcionaba por lo tanto como un nudo en nuestra vida", escribe Estanislao Zuleta en "Sobre la lectura", op. cit., pág. 96.

nietzscheano es un texto virtual. Por eso mismo, sólo y en la medida en que miremos las múltiples posibilidades de sentido, la variedad de alternativas del código, sólo así -teniendo esa condición de rumiante, propia de los filólogos- hallaremos la vía o el camino más adecuado para la interpretación de los textos. Con Nietzsche, la lectura deja de ser evidencia para convertirse en enigma.